

DESEO DE APRENDER

**Una de las causas, y no pequeña,
por la que muchos cristianos han perdido la fe,
es estar flacamente adoctrinados y fundados en ella,
y tan sin gusto de los misterios que contiene.**

Pretendo ayudarte a reflexionar sobre el valor que nos ayuda a descubrir la importancia de adquirir conocimientos, a través del estudio y la reflexión, de las experiencias cotidianas.

Uno de los valores fundamentales de todo ser humano **es el conjunto de habilidades y conocimientos de que dispone para resolver problemas, para moverse por la vida**. La única forma de obtener este conjunto es el **aprendizaje**. El afán por aprender tiene como finalidad la búsqueda habitual de conocimientos a través del estudio, la reflexión de las experiencias vividas y una visión profunda de la realidad.

Nuestra vida está rodeada de muchas situaciones alrededor de nuestro trabajo cotidiano, de la familia y las relaciones personales de toda índole; en cada lugar debemos tomar iniciativas, resolver situaciones y enseñar a los demás a actuar con nuestro ejemplo, a crear una mejor convivencia y a llevar una vida mejor. Quien tiene más elementos a su alcance, está en condiciones de cumplir con esta tarea de manera más eficiente y eficaz, pues este tratamos de aprender, no para acumular conocimientos y ser un erudito, sino para servir en el amor.



Hay quienes desde la época de estudiantes han creído que sólo debemos aprender para salir airoso de los exámenes y luego, saber lo necesario e indispensable para desempeñar una labor profesional específica; con esta perspectiva no queda más remedio que hacer el mínimo esfuerzo para solventar la situación académica.

Pero, ¿por qué nos da pereza aprender?.

Sencillamente porque nos negamos a todo esfuerzo y ascesis deseando solamente lo que le vemos una utilidad práctica e inmediata, como el niño que aprende a contar y a conocer la denominación de las monedas, para comprar con la seguridad de no ser engañado. Con este criterio intentamos evitar cualquier esfuerzo y, el tiempo que supone estar frente a un libro o a practicar cualquier aprendizaje lo requiere.



¡**Qué falta de aspiraciones y deseos de superación personal!**

Ocasionalmente encontramos a personas con la habilidad de obtener conclusiones casi instantáneamente, teniendo una respuesta y explicación para cualquier asunto, como si todo lo supieran; el asombro es más grande si es un cardiólogo opinando sobre administración pública y hace referencia a la historia de cualquier nación... Sin quitar mérito a las aptitudes personales, lo excepcional -y producto del aprendizaje- es la capacidad de relacionar hechos, conocimientos y experiencias para tener un criterio bien formado y dar una respuesta oportuna y acertada en cada caso.

No debemos olvidar que el perfeccionamiento personal abarca la superación profesional, por lo tanto, debemos preocuparnos por profundizar: Terminar la universidad, comenzar una maestría, emprender un doctorado, asistir a cursos de actualización de la materia a la que nos dedicamos debe ser un camino normal. No podemos olvidar que en el mundo laboral de hoy tener un título universitario ya no es suficiente. Es necesario ir más lejos si se desea un progreso real.

Sin embargo hay otras áreas que en apariencia no se relacionan direc-

tamente con nuestro trabajo: la historia, la filosofía, la cultura dominante, la literatura, las relaciones humanas, los conocimientos técnicos y científicos: manejo de programas para ordenadores (computadoras), la administración empresarial, el funcionamiento del cuerpo humano, los primeros auxilios, las nociones de mecánica automotriz o cualquier destreza manual, son ejemplos a tener en cuenta. Obtener conocimientos adicionales a nuestra profesión u oficio será siempre de utilidad práctica y nos brindarán un panorama más amplio de la vida.

En cierta forma podría decirse que todo comienza como un pasatiempo, quien aprende por sí mismo disfruta de la actividad sin cuestionarse el cuándo y para qué le servirá el tema en cuestión; y cada vez le es más fácil aprender, pues al igual que el cuerpo humano, el entendimiento también necesita desarrollarse.

Cuando no estamos humana y profesionalmente preparados, somos incapaces de prevenir y resolver problemas. Si un padre de familia no sigue la formación que sus hijos reciben en la escuela, no encontrará explicación a sus cambios de conducta; tener una empresa dejando la administración en manos de otros, no siempre es conveniente; manejar personal sin tener nociones básicas del comportamiento y de la naturaleza humana, nos lleva a un trato impersonal; desconocer la dignidad del matrimonio y la familia, puede tener como resultado la desintegración.

Ante nuestra incapacidad, nos convertimos en dependientes de las circunstancias y de las personas, buscando culpables y eludiendo responsabilidades. Una persona en constante preparación, se muestra interesada en todo lo que rodea porque quiere superarse y encontrar la manera de ser más útil y más eficaz.

Debemos aceptar que no comprendemos en su totalidad muchos de los acontecimientos actuales, y mucho menos advertimos las repercusiones que tienen para nuestra sociedad y la familia en concreto.

¿Por qué las costumbres han cambiado tanto en los últimos 50 años?,
¿Por qué ahora se habla de calidad y liderazgo?,

son preguntas a las que tal vez no tengamos respuesta adecuada. Entender las controversias actuales sobre la vida humana y los conflictos internacionales, tal vez no nos preocupa. Podríamos multiplicar los ejemplos y la conclusión sería la misma: es necesario aprender más para comprender mejor lo que sucede en nuestra vida y en el mundo, para dejar de pensar que todo es obra de la casualidad o producto del empeño de unos

cuantos.

Para **crecer en este valor**, necesitamos haber **asimilado** que tener afán por aprender algo nuevo cada día, no es pérdida de tiempo, es una forma de alcanzar la superación personal a la que aspiramos. Podríamos argumentar falta de tiempo y necesidad de descanso, pero todo es cuestión de organización y esfuerzo, tal vez en forma gradual, pero continua.

Para reforzar el valor de aprender puedes:

* **No dejar de aumentar y perfeccionar tus conocimientos catequéticos y bíblicos**

* **Hacerte el hábito de leer al menos un libro por mes**

* **Terminar la universidad (si aún no lo has hecho)**

* **Inscribirte en un curso de actualización o alguna diplomatura**

* **Empezar el estudio de otra materia**

* **Cursar un doctorado**

* **Escuchar los telediarios de forma crítica, leer el periódico y acercarte a medios que te proporcionen información sobre la realidad que te rodea**

* **Comprar revistas sobre temas adicionales a tu profesión u oficio**

* **Observar cuidadosamente las actitudes de los demás y procurar obtener conclusiones que te sirvan en el futuro.**

* **Desarrollar una nueva afición que te permita obtener nuevos conocimientos en un área que no has cultivado.... etc.**

El valor de aprender nos convierte en personas que tienen más herramientas para avanzar en la vida y para ser mejores seres humanos.

CONOCER, AMAR E IMITAR A JESUCRISTO

El programa ya existe. Es el de siempre, recogido en el Evangelio y en la Tradición viva de la Iglesia. Todo se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en Él la vida trinitaria y transformar con Él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste (NMI 29).

Podemos considerar que este denso párrafo de la *Novo Millennio Ineunte* sintetiza no sólo el contenido de la Carta Apostólica de Juan Pablo II y del Año Jubilar 2000, sino seguramente también el nervio de un Pontificado, el de Juan Pablo II, abierto con estas palabras: “Al inicio de mi Pontificado, y tantas veces después, he gritado a los hijos de la Iglesia y al mundo: ¡Abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo! . Deseo hacerlo una vez más, al final de este Jubileo y comienzo de este nuevo milenio” (Hom. 6-1-01). Un Pontificado cuya primera encíclica, *Redemptor hominis*, comenzaba con esta frase: “El Redentor del hombre, Jesucristo, es el centro del cosmos y de la historia”; misterio redentor que se conmemoraría en el Año Santo extraordinario de la Redención y seguiría presente en muchos documentos y acciones pastorales. Esta dimensión cristológica culminó con el Gran Jubileo del 2000, cuya herencia el Papa ha quiso plasmar en esta Carta que, según él mismo, “se podría reducir a una sola palabra: ¡Jesucristo!’ (hom. cit.).

Este anuncio se realiza después de siglos de crítica racionalista a la fe en Jesucristo, en su historicidad y divinidad; de ser reducido a maestro de moral, a proyección mítica de los deseos de la humanidad, o a modelo de tarea liberadora revolucionaria. Y en un contexto de pensamiento pluralista y relativista para el que Jesús es, a lo sumo, el más grande de los genios religiosos, pero nunca el único camino de salvación, ni mucho menos la Encarnación de un Absoluto que no puede quedar confinado a los límites de una humanidad particular.

En esta situación, Juan Pablo II ha repetido innumerables veces una idea clave del Vaticano II: “Cristo en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación” (GS 22). La vida del hombre “está privada de sentido si no se le revela el amor” (RH 10), amor que se le ofrece misericordiosamente en la Encarnación y Redención de Jesucristo.

Por ello, la Iglesia de hoy, como la de siempre, ante la pregunta: ¿qué es lo que más apreciáis en vuestro cristianismo?, sólo puede responder: Lo que más apreciamos en el cristianismo es el mismo Cristo. Él mismo y todo lo que de Él proviene. Sólo en Cristo el hombre puede vivir la vida trinitaria; sólo con Él, su compromiso por transformar la historia será realmente fecundo, en camino hacia la consumación escatológica.

SEGUIR E IMITAR A CRISTO

“Jesús le dice: Sígueme. Él se levantó y lo siguió” (Mt 9,9).

“Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón” (Mt 11,29).

Seguimiento e imitación pertenecen a dos categorías de pensamiento. El seguimiento es un concepto propio del pensamiento judío, mientras que la prehistoria del concepto de imitación hay que buscarla en el mundo helenístico. No obstante, las ideas de fondo de ambos conceptos se encuentran en los dos mundos citados porque se complementan mutuamente. Así se nos afirma a lo largo del Nuevo Testamento.

Todo comienza, entre Cristo y los hombres, con un **¡Sígueme!**. Esta lacónica palabra contiene la orden de realizarla ahora, inmediatamente, y se refiere a la vida entera, más aún, a la existencia temporal-eterna. Significa indudablemente el literal **¡ir detrás!**, que sugieren las palabras, y sólo así, y sólo en ello, significa la realidad más honda, de una orientación espiritual hacia Aquél que, al llamar, ordena.) Cómo seguir a quien no conocemos?) Cómo conocer si no reflexionamos?) Cómo reflexionar si no estamos atentos a lo que el Espíritu Santo nos enseña del Maestro?

Por tanto, todo cristiano es hoy llamado a seguir a Jesús como lo hicieron los primeros discípulos: **¡Aprended de mí!**

En la **Escuela de Jesús**, el Maestro enseña a **orar, a servir, a perdonar...** En realidad, todo el Sermón de la montaña es el modelo perfecto, plenamente realizado en su propia vida, que Jesús propone a la imitación de sus discípulos.

La invitación a imitar a Jesús está especialmente clara en: **¡Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde**

de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera@ (Mt.11,29). La motivación **Aque soy manso y humilde de corazón@** es a la vez programa, objeto y método en la Escuela de Jesús. El aprendizaje en esta escuela es asimilar la manera de ser del Maestro, es decir, su mansedumbre y humildad de corazón. Se trata de un aprendizaje por ósmosis, por compenetración vital y por experiencia.

En el Evangelio de San Juan, Jesús, se propone a sí mismo como **modelo** a los discípulos tras el lavatorio de los pies (Jn.13,14-15.34-35). Los discípulos deben amarse **Acomo Él nos ha amado@**.

La primera carta de San Juan nos ofrece un principio práctico que es fundamental: **AQuien dice que permanece en Él debe caminar como caminó Él@** (1Jn.2,6), es decir, modelar la propia vida sobre la de Cristo. Y puesto que **Él Adio su vida por nosotros**, también nosotros debemos dar la vida por los hermanos@ (1Jn.3,16).

San Pablo reflexionó durante toda su vida el acontecimiento que reestructuró su existencia. Fruto de esa reflexión es la enseñanza que nos prodiga en sus cartas. Los cristianos, dice, estamos llamados por Dios a **configurarnos a imagen de su Hijo** (Rm.8,29), imagen recibida radicalmente en el bautismo, que realiza una conformación inicial con Cristo muerto y resucitado, y que debe desarrollarse bajo el impulso del Espíritu al mismo tiempo que con la colaboración del hombre: **A... juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo... a fin de conocerlo a él, y la fuerza de su resurrección y la participación en sus sufrimientos, mientras voy siendo configurado copiando su muerte...@** (Flp.3,8ss). Por eso el Apóstol ve la vida como una carrera en la que se quiere llegar a la meta sin ser descalificado (Fil.3,12).

Para conseguirlo, podemos hablar, de **la cadena de la imitación:...**, **Aos hicisteis imitadores nuestros y del Señor...;** de tal forma que os convertisteis en modelo para todos los creyentes...@ (1Tes.1,6-7). Alguien ha observado que la imitación paulina es un tema esencial, que **Apuede abrazar toda la vida de los creyentes: imitación de Dios y de Cristo, y, después, imitación apostólica y fraterna, llegando así hasta los paganos mediante nuestro testimonio. Pero la imitación procede directamente de la fe en Cristo** que ilumina y fortalece nuestro amor sincero a Él.

Más aún, Pablo presenta la vida cristiana como una **vida en el Espíritu**, que trabaja al hombre desde el interior. De ahí se desprende una más profunda comprensión de la imitación: Cristo no obra en no-

sotros únicamente a través de la palabra y del ejemplo, sino como el Maestro del Espíritu, que quiere elaborar en los discípulos la obra de la re-generación de criaturas nuevas que aprenden de Él y viven como Él.

Esta llamada **es universal**, pues la vida según el Espíritu *exige de todos y de cada uno de los bautizados el seguimiento y la imitación de Jesucristo+ (*Christifideles laici* 16f). Para todos ellos, “*el radicalismo evangélico es una exigencia fundamental e irrenunciable, que brota de la llamada de Cristo a seguirlo e imitarlo*” (*Pastores dabo vobis* 27b). Entre los creyentes, **María** es Δ la primera discípula@ de su Hijo, la primera a la cual parecía decir: >Sígueme antes aún de dirigir esa llamada a los apóstoles@ (*Redemptoris Mater* 20).

El Papa aplica esta doctrina a **las familias**, que deben ir Δ avanzando en el seguimiento del Señor@ (*Familiaris consortio* 47c), y a las que recomienda la devoción mariana, que se expresa “en el generoso seguimiento de las actitudes espirituales de la Virgen Santísima” (FC 61c). A **los novios**, llamados a acoger Δ la vocación a vivir el seguimiento de Cristo y el servicio al Reino de Dios en el estado matrimonial@ (FC 51c). Habla de **las mujeres santas**, que son un modelo en el seguimiento de Cristo aprendiendo de Él a amar y ayudando a los que tratan con ellas a amar con el amor que ellas han aprendido en la vivencia de la fe.

El Catecismo de la Iglesia Católica, regalo del Espíritu a la Iglesia del tercer milenio, nos ayuda en este conocer a Jesús para amarlo y amarlo para vivir según nos pide el seguimiento al que nos hemos comprometido. Os recuerdo y aconsejo algunos textos.

En Δ toda su vida, Jesús se muestra como nuestro modelo (cf. Rm.15,5; Flp.2,5): Él es el “hombre perfecto@ (GS 38) que nos invita a ser sus discípulos y a seguirle...” (CCE 520). Ello es posible por la **unión íntima** con Él: todo lo que Cristo vivió hace que podamos vivirlo en Él y que Él lo viva en nosotros. El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre (GS 22,2) (n.521).

De esta unión íntima brota **la nueva vida** de aquellos que, incorporados a Cristo por el bautismo, participan en la vida del Resucitado, y en unión con Él, pueden imitar a Dios, conformando su persona entera a Cristo y siguiendo sus ejemplos (n.1694). En efecto, el creyente Δ en Cristo es hecho hijo de Dios. Esta adopción filial lo transforma dándole

la posibilidad de seguir el ejemplo de “Cristo” (n.1709).

La “vocación primera del cristiano es seguir a Jesús” (n.2232), Aaceptar la invitación a pertenecer a la familia de Dios, a vivir en conformidad con su manera de vivir@ (n.2233). Esto Aimplica cumplir los mandamientos@ (n.2053), pero va mas allá, hasta la “imitación de la perfección del Padre celestial” (n.1968).

Las diversas **virtudes** que ejercitamos son **participación** de las de Cristo: **amar al prójimo como Cristo** es “imposible si se trata de imitar desde fuera el modelo divino. Se trata de una participación, vital y nacida del fondo del corazón=, en la santidad, en la misericordia, y en el amor de nuestro Dios. Sólo el Espíritu que es >nuestra Vida= (Gal.5,25) puede hacer nuestros los mismos sentimientos que hubo en Cristo Jesús” (n.2842). Igualmente, el Espíritu Santo nos concede “imitar la pureza de Cristo” (n.2345), o vivir en la verdad, pues “seguir a Jesús es vivir del Espíritu de verdad” (n.2466).



Todo ello comporta un **conocimiento de la persona de Jesucristo**, del cómo concreto e histórico de su misión, y de su Aautorretrato@ en las bienaventuranzas. Pero va más allá, pues la fe no es simplemente un conjunto de proposiciones, sino Acomunión de amor y de vida@ con Jesucristo.

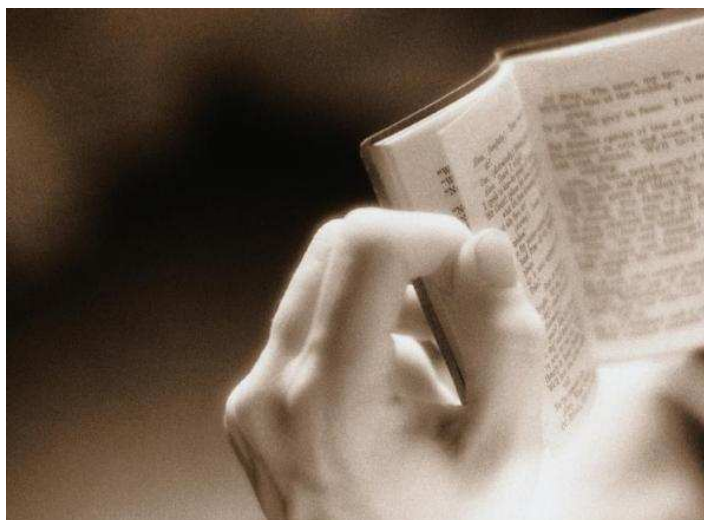
El conocimiento y el amor hacen de puente entre la presencia interior de Cristo en el corazón del cristiano y su comportamiento en lo religioso, familiar, profesional y cívico.

En efecto, la presencia espiritual de Cristo (Ef.3,17) genera un **conocimiento íntimo** de su persona que hace posible amarlo aun sin haberlo visto (1Pt.1,8). Pablo juzga que todo es pérdida ante la sublimidad de tal conocimiento (Flp.3,8), y desea que los creyentes lleguen a conocer las dimensiones ilimitadas del amor de Cristo (Ef.3,19). El hombre, única criatura llamada Aa participar, por el conocimiento y el amor, en la vida de Dios” (CCE n.356), puede alcanzar así la vida eterna, consistente en conocer al único Dios verdadero y a su enviado Jesucristo (Jn.17,3). Sólo el Espíritu hace posible conocer así a Jesús.

“Es precisamente este ulterior grado de conocimiento, que atañe al nivel profundo de su persona, el que Él espera de los >suyos” (NMI 19):

En efecto, el experimentar que Jesús nos trata como a amigos (Jn.15,15), que ha muerto por cada uno de nosotros (Gal.2,20), suscita un **conocimiento amoroso, un vivir para el que murió y resucitó por todos** (2Cor.5,15). Esas ovejas que el Buen Pastor conoce, a su vez, en correspondencia, “lo conocen”, conocen su voz y lo siguen (Jn.10,4-5.14). Así, “la fe da su fruto en el amor” (CCE n.2614), signo de haber conocido realmente a Dios (1Jn.2,4;4,7-8). El cristiano, llamado a conocer el corazón de Cristo en la Escritura (CCE n.112), y a avanzar en su oración “hacia el conocimiento del amor del Señor Jesús² (CCE n.2708), progresará en su imitación con toda su vida moral.

La fe cristiana “es un conocimiento de Cristo vivido personalmente, una memoria viva de sus mandamientos, una verdad que se ha de hacer vida. Pero, una palabra no es acogida auténticamente si no se traduce en hechos, si no es puesta en práctica. La fe es una decisión que afecta a to-



da la existencia; es encuentro, diálogo, comunión de amor y de vida del creyente con Jesucristo, camino, verdad y vida (cf. Jn.14,6). Implica un acto de confianza y abandono en Cristo, y nos ayuda a vivir como Él vivió (cf. Gal.2,20), o sea, en el mayor amor a Dios y a los hermanos” (VS 88).

Vemos así que la imitación brota espontáneamente, sin violencia, de este conocimiento amoroso. Al contemplar los misterios de su vida, Cristo nos comunica por su Espíritu ese conocimiento y amor eficaces que se hallan en el origen de la auténtica imitación. El amor hace iguales. La relación del creyente con Jesucristo suscita admiración, deslumbramiento ante su forma de ser y de vivir, convirtiéndose en una experiencia de descentramiento, de expropiación y de pertenencia a aquel que llama y fascina. Por otro lado, también puede decirse que la praxis del seguimiento constituye una fuente de conocimiento de Cris-

to. Quien no sigue a Jesús no llega a conocerle.

Termino repitiendo la idea que he intentado iluminar con esta reflexión: Se trata de **vivir como Él vivió** (1Jn.2,6), porque nos hemos dejado hacer lo que era por esencia y naturaleza: **Hijo**. Por eso, lo mismo que Él vivió en obediencia sincera y perfecta al Padre, guiado por el Espíritu en todas sus decisiones y acciones, y entregado por completo al amor de todos los hombres a los que redimió e invitó a pertenecer al Reino de Dios inaugurado en nuestro mundo, nosotros debemos **vivir en Cristo siendo amor**.

Para ello tenemos que ser conscientes de que Cristo vive en nosotros y conociendo sus sentimientos hacerlos nuestros y expresarlos en nuestro comportamiento. Para ello, el Catecismo tiene que ser con la Biblia, el libro de nuestra lectura habitual, de nuestra reflexión agradecida, de nuestro aprendizaje a ser y vivir como cristianos.

Si se nos ha dado participar en la misma vida de Cristo, es para que los cristianos, hagamos a Cristo presente en nuestro mundo siendo "cristos" vivientes.

.-.-*.-*.-*.-*.-*.-*.-*.-*.-*.-*.-*.-*.-*.-*